

OBITUARIO HETERODOXO

Hacía una temperatura deliciosa en San Juan la tarde del 29 de enero, como suele ser en esta época. Leíamos, escribíamos y trabajábamos, matando plácidamente las horas, interrumpidos de vez en cuando por el graznido de los guacamayos azules y amarillos (introducidos) pasando cerca de nuestro balcón. Esperábamos con mucha ilusión la llegada al día siguiente de nuestro amigo y colega Joe Mendelson, que venía para impartir, durante una semana, diferentes seminarios y talleres en el curso de “Tópicos” que Patricia Burrowes coordinaba este semestre en la Universidad de Puerto Rico.

Los tres habíamos coincidido en la Universidad de Kansas en el bienio 1994–1996, ellos haciendo sus tesis doctorales, y yo mi postdoc. Y los tres fuimos pupilos entonces del mismo hombre mítico: Bill Duellman. No teníamos noticias recientes suyas. Muchos de sus exalumnos nos manteníamos aún en contacto con él y con Linda Trueb, o incluso teníamos colaboraciones científicas en marcha. Era bien sabido que Bill moriría con las botas puestas y que, para alguien que había empezado a publicar a los 17 años, la condición de nonagenario no sería razón para dejar de hacerlo. En los últimos tiempos, sus respuestas y sus emails eran cada vez más escasos y genéricos; de vez en cuando, un grupo seleccionado de personas recibíamos de su parte una puesta al día sobre su deteriorada salud y la marcha de su trabajo.

Bill cumplió 91 años el 6 de septiembre de 2021, y no respondió a mi mensaje de felicitación; me preocupé. Después, la última noticia que había tenido de él, hacia principios del invierno, fue a través de Luis Coloma, con quien Bill estaba escribiendo una monumental obra sobre los anfibios de Ecuador; decía que su salud era ya tan precaria que apenas podía hacer otra cosa que descansar y dormir casi todo el día. Tal vez se iba a cumplir entonces esa decisión (que casi ninguno creíamos) de que la rana colombiana *Osteocephalus omega* Duellman, 2019 sería la última especie por él descrita, tal como reza la sección de etimología del artículo. Un año después, para su 90 cumpleaños, Pacha y yo le organizamos un homenaje por medio de una presentación de PowerPoint en la que participamos muchos de sus antiguos alumnos; la misma le fue entregada por su hija Dana en la fiesta que le hicieron en su apartamento de la lujosa residencia para mayores de Lebanon, New Hampshire, donde Bill y Linda se retiraron tras abandonar definitivamente su querida Kansas, dejando un legado de varias décadas de formidable labor académica.

Patricia y yo los visitamos en aquella residencia en febrero de 2019. Nos invitaron a pasar unos días con ellos. Salimos a comer fuera y visitamos los alrededores, a pesar del frío y la nieve del invierno de Nueva Inglaterra (Figura 1); y, sobre todo, recordamos viejos tiempos y muchas anécdotas de esas que tanto le gustaban a Bill. Se mantenía activo y aún nos animó a encontrarnos en alguno de los siguientes “meetings” de las sociedades herpetológicas norteamericanas ese año, e incluso planearon invitarnos a pasar unas vacaciones con ellos en Cozumel (México). Nada parecía frenar su espíritu viajero, aunque Bill ya apenas fuera capaz de caminar más que unos pocos pasos sin su andador, y los dolores de espalda no lo abandonaran jamás. Pero ninguno de esos posibles viajes encajaba en nuestra agenda, y el día que nos despedimos en la puerta de su residencia tratamos de reprimir la congoja que nos producía el ser conscientes de que nos estábamos dando el adiós definitivo en persona. Aquel

William Edward Duellman 1930–2022



De izquierda a derecha, Bill Duellman, Patricia Burrowes, Linda Trueb e Ignacio de la Riva en Hartland, Vermont, 15 de febrero de 2019.

portento de resistencia física y determinación no podría resistir mucho más antes de que nos llegara algún día la noticia que no deseábamos recibir.

Precisamente una de las primeras cosas que le queríamos preguntar a Joe Mendelson en cuanto aterrizará en San Juan era qué noticias recientes tenía de Bill. Caía la tarde y ya no volaban los guacamayos, retirados a dormir en alguno de sus árboles favoritos, cuando nos entró un mensaje de Joe: acababa de saber que Bill estaba grave, en la UCI, con neumonía, y que había rechazado que lo conectaran a un respirador. La noche se apoderó de todo y empezaron a cantar los coquíes; parecía el sonoro homenaje anfibio a un titán que anunciaba su marcha definitiva.

La noticia ensombreció de golpe la alegría del triple reencuentro. Con su protagonista aún en vida, inmediatamente me puse a esbozar este urgente obituario, alejado del recuento de detalles biográficos y de méritos científicos que, a buen seguro, aparecerían en otras tantas necrológicas que se escribirían, más documentada y pausadamente (*).

Pero la mala noticia no llegaba. Tres días después, Dana Trueb Duellman nos dijo que su padre quería hacer un encuentro por *Zoom* para vernos. Era una buena oportunidad de matar varios pájaros de un tiro. No podíamos creer que estuviera dispuesto a ponerse frente a la cámara en semejante estado de postración. Lo hizo. El jueves 3 de febrero, la tecnología permitió que la distancia entre New Hampshire y Puerto Rico no fuera obstáculo para el quintuple encuentro, con Dana asistiendo a su padre para que nos viera y nos oyese bien. Hablamos, cómo no, de trabajo. Con dificultad, nos preguntó por la marcha de nuestros proyectos y si ya habíamos conseguido ciertos objetivos que él sabía que andábamos persiguiendo; y nos contó que el libro de los anfibios de Ecuador estaba casi terminado y se pondría manos a la obra para rematarlo nada más salir del hospital. Tras colgar la llamada, ya ninguno de los tres nos atrevíamos a afirmar que esa iba a ser la última vez que veíamos a nuestro amigo y mentor, convencidos de que su determinación en finalizar su monumental obra era más fuerte que los empeños de su mala salud por impedirlo. Pondría el punto final y, ahora sí, se iría en paz.

Con ese convencimiento, nuestra preocupación se alistó para adormecerse por unos meses. Pero la dura realidad acabaría por imponerse, y la determinación mental no pudo con el deterioro corporal. El 25 de febrero, iniciando bien temprano la jornada de trabajo, Dana nos dio la mala noticia.

Se nos hieló un trozo del alma. Pero, en realidad, haciendo caso a Séneca, a la muerte hay que darle sólo su importancia justa, pues nos lleva directos al mismo lugar donde estábamos antes de nacer, del cual nadie guarda mal recuerdo alguno. Además, poco hay que lamentar cuando la parca llega para rematar una vida larga e increíblemente productiva e intensa, dejando una herencia académica que toca no sólo directamente a infinidad de personas, sino que marca toda una época para una disciplina entera como es, en este caso, la Herpetología. Aunque en lo personal nos sintamos profundamente tristes ante este inevitable paso de página, preferimos celebrar el brillo y el largo discurrir por la vida de otro fuera de serie irreplicable, nuestro amigo y mentor William E. Duellman.

Guaynabo, Puerto Rico, 25 de febrero de 2022

Ignacio De la Riva

Museo Nacional de Ciencias Naturales-CSIC.

Cl. José Gutiérrez Abascal, 2. 28006 Madrid. España.

C.e.: iriva@mncn.csic.es

* Burrowes, P.A., Mendelson, J.R. & De la Riva, I. 2022. The passing of a titan: William E. Duellman. *Herpetological Review*, 53: 368–370.
Coloma, L.A. & Guayasamin, J.M. 2022. William E. Duellman (1930–2022). His endless study and legacy on the Ecuadorian amphibians. *Phyllomedusa*, 21(1): 102–111.

Mendelson, J.R. 2022. William E. Duellman (1930–2022). *Ichthyology & Herpetology*, 110(3): 623–629.

Simmons, J.E. 2022. William E. Duellman - A remembrance. *Revista Latinoamericana de Herpetología*, 5(4): 132–144.